

hacerse gefe de secta. »Apolinario, dice un sábio escritor »de nuestro siglo, ha sido generalmente mirado como el »primer hombre de su tiempo, por su saber, erudicion y »piedad. Debemos pues, añade, desconfiar mucho de nues- »tras propias luces, y tener mucha indulgencia con los »hombres que se engañan, supuesto que la ciencia, el in- »genio y la piedad no siempre libertan del error. « Refle- »xion muy propia para inspirar moderacion en los juicios, y »corregir la acrimonia de las censuras.

No fueron juzgados y condenados definitivamente los macedonianos y apolinaristas hasta en el concilio de Constantinopla del año 381, baxó el reynado de Teodosio el grande. Este príncipe que tenia todas las qualidades de grande hombre, y que fué el heroe de su siglo, como emperador y como christiano, deseaba con ardor restablecer la paz en la Iglesia con la reunion de los ánimos, si era posible, ó á lo ménos con una decision auténtica que pudiese servir de regla á los fieles sobre todos los puntos de doctrina, que las diferentes sectas se esforzaban á porfia en trastornar ú obscurecer. Con este designio digno de su piedad y de su zelo por la pureza de la fe, convocó á los obispos de Oriente para la nueva capital del imperio, adonde se dirigieron por el mes de Mayo, en número de ciento y cincuenta, entre los quales se contaba á san Gregorio Nacianceno, san Melecio de Antioquia, san Gregorio Niseno, san Pedro de Sebaste, san Anfiloco de Icoma, san Cirilo de Jerusalem, en fin, todos los mas sábios, mas ilustrados, y mas virtuosos prelados que tenia esta porcion de la Iglesia. Allí fué confirmado el símbolo Niceno, como la mas sagrada y auténtica exposicion de fe, de que nadie podia apartarse sin dexar de ser católico; pero al mismo tiempo para hacerle mas completo, y extenderle á las nuevas heregias que despues se habian levantado, como el macedonianismo, y el apolinarismo, se le añadieron algunas palabras tocante al misterio de la Encarnacion, y se explicó mas el artículo del Espíritu Santo, fixando con expresiones claras y precisas lo que se debe creer sobre la divinidad, carácter y operaciones de esta tercera persona de la Santísima Trinidad. Este concilio llegó á ser ecuménico por la accesion de la iglesia de Occidente, adquiriendo sus decretos de ese modo el carácter de leyes universales.

ARTICULO IX.

Estado del imperio y de la Iglesia desde la muerte de Valentiniano I. y de Valente hasta el fin de este siglo.

Los zelos del poder absoluto, el gusto de dominar, el ardor y la actividad que formaban parte del carácter de Valente, y que le hicieron autor de tantos males, quando los empleó contra los defensores de la verdad, contuvieron por algun tiempo á los bárbaros, y á los enemigos del estado en el deber, ó les hicieron volver á entrar en él, quando convirtió estas qualidades contra ellos; pero despues dexó á los godos empezar á romper las fronteras, y les cedió un establecimiento en la Tracia. Habiendo tomado las armas estos nuevos huespedes para extenderse, marchó Valente contra ellos, y fué derrotado en una batalla, cuya pérdida comparan los historiadores á la de la batalla de Cannas, de tanta mortandad para los romanos. Herido Valente en el combate se retiró á una cabaña, en la qual habiendo puesto fuego los soldados enemigos sin saber que estaba dentro, pereció consumido por las llamas. Tal fué el fin de este perseguidor de los católicos.

Valentiniano, que antes que faltar á su religion habia expuesto su fortuna y su vida en el reynado de Juliano, sostuvo este buen carácter despues de haber llegado al imperio; distinguiéndose durante la guerra por su valor é inteligencia en la profesion de las armas, y durante la paz por su amor á la justicia, y su inflexible severidad en castigar las vexaciones de los depositarios de su autoridad en todos los ramos de la administracion. Los alemanes, los moros y los quados fueron rechazados y batidos mas de una vez, tanto por él, como por sus generales, los quales sabia escoger, y aun mejor dirigir en el uso de sus talentos. Baxo su proteccion estuvo tranquila y floreciente la sociedad christiana, siendo monumentos de su sabiduría y de su piedad las leyes que hizo en favor de la Iglesia. ¡Feliz, si no hubiese deslucido tantas buenas prendas con arrebatamientos, cuyos accesos eran tan violentos, que le causaron la muerte, habiéndose roto una vena en uno de estos transportes de cólera de que se dexaba llevar!

Baxo Graciano, hijo y sucesor de Valentiniano I. fué

agitado el imperio; pero conservó su gloria. Le había revestido su padre de la púrpura desde la edad de ocho años, y no tenía mas que diez y seis quando tomó las riendas del gobierno. La esterilidad que Roma y la Italia sufrieron en su tiempo, y la hambre que las siguió, excitaron las murmuraciones del pueblo contra él, ó por mejor decir contra la religion christiana, de que era apoyo por su poder, y ornamento por sus virtudes. En estas circunstancias habiéndose revelado Máximo, general de las tropas romanas en Bretaña, y habiéndose atraído á los soldados y al pueblo con la promesa de restablecer los altares de los dioses, Graciano abandonado de los suyos, y muy débil para resistirle, procuró salvarse con la fuga; pero le prendieron en Leon de Francia, y le entregaron á los partidarios del usurpador, que le mataron en la edad de veinte y quatro años. Sus buenas qualidades, las que ni las pasiones de la juventud, ni el poder supremo habian alterado, le hacian digno de mejor suerte.

Su hermano Valentiniano II. le sucedió en el Occidente, y baxo su nombre gobernó en calidad de regente Justina su madre, muger hábil, pero fiera y despótica, que siendo arriana empleó todo lo que puede emplear una muger diestra y encaprichada en el error que se halla armada del poder soberano, para levantar la secta que habia abrazado del estado de abatimiento en que habia caído. Pero fueron vanos todos los medios que puso en uso contra la firmeza de san Ambrosio, obispo de Milan; y jamas sus caricias, sus amenazas ni sus rigores pudieron obtener una Iglesia para los arrianos. Triunfando Valentiniano de Máximo con las armas de Teodosio, y dirigido por los sábios consejos del obispo de Milan, podía prometerse un reynado largo y glorioso, quando fué víctima del traidor Arbogastes, que le hizo ahogar en la edad de veinte años, de los quales habia reynado cerca de nueve. Su muerte eubrió de luto y de dolor el imperio; y él llevó consigo el pesar de su pueblo, de quien era padre, y no respiraba mas que la felicidad, en una edad en que hubiera sido disculpable se hubiese ocupado mas en los placeres que en la prosperidad pública. De todas las lágrimas que hizo derramar su fin deplorable, las mas honrosas para él fueron las de san Ambrosio que compuso su oracion fúnebre: obra en que es tan penetrante la eloquencia del sen-

timiento, que al leerla todavía excita en los corazones la ternura, el dolor y los demas afectos de que estaba llena el alma del orador.

Por muerte de Valentiniano quedó por único dueño del imperio Teodosio, emperador de Oriente. El nombrar á este gran príncipe es recordar todas las virtudes que pueden dar realce al esplendor del trono, y honrar la humanidad, como el valor de César, la clemencia de Augusto, la beneficencia de Tito y de Trajano, la sabiduría y la aplicación á los negocios de Antonino y de Marco Aurelio, la magnificencia y la piedad de Constantino, cuyas buenas qualidades todas tuvo, sin mancharlas con ninguno de sus defectos. A su padre llamado tambien Teodosio, hombre grande como él, se le habia cortado la cabeza baxo el reynado de Graciano, por una de aquellas sorpresas á que quiza los mejores príncipes estan mas expuestos, porque la lisonja y la malignidad emplean mas arte para engañarlos.

Para reparar esta falta, asoció Graciano el hijo al imperio, en lo que hizo un gran bien al universo. Teodosio vengó la muerte de su bienhechor y la del jóven Valentiniano, de quien habia sido mas bien defensor y amigo, que compañero. Hizo ver al mundo este príncipe lo que puede un solo hombre, quando con grandes miras y gran talento le somete el poder supremo grandes medios, y sabe emplearlos hábilmente. Todo pareció que se reanimaba baxo este bello reynado, las ciencias, las artes, las leyes, el valor; y que el ingenio romano volvía á despertar del largo sueño en que habia desfallecido. Qualquiera hubiera dicho que Teodosio habia comunicado su alma á todos los que participaban de su autoridad y de la ejecución de sus proyectos: magistrados, generales, gobernadores, en fin todos aquellos á quienes empleó, se mostraron dignos de su eleccion. Los romanos todavía parecieron en sus dias lo que habian sido en otro tiempo: pacientes, intrépidos, capaces de acciones grandes, y propios para las empresas que exigen tanta constancia como ardor. Fué conquistado dos veces el Occidente, y restituido á sus antiguos señores, sin que el vencedor se valiese de los derechos de la victoria para su propio interes; únicamente guardó para sí la gloria, aumentándola con su generosidad. Máximo que baxo el pretexto de socorrer á los catolicos perseguidos por Justina, habia tomado las armas, y caminaba á la independen-

cia, fué detenido en sus ambiciosos proyectos y castigado de su usurpacion. Bien presto tuvo la misma suerte Eugenio, á quien Arbogastes, homicida de Valentiniano, habia colocado sobre el trono, no atreviéndose á subir él mismo á él, aunque se habia reservado todo el poder. El valor reprimió á los bárbaros que siempre se andaban moviendo, la firmeza los contuvo, y la mano que les hizo respetar el yugo, fué bastante hábil para darles á conocer el riesgo que habia en trabajar por romperle.

El destino de la Iglesia no fué ménos próspero que el del estado. Teodosio hizo respetar sus decretos, consagró sus leyes fortificándolas con las suyas, concurrió á los progresos de la fe con el exemplo de su sumision, y detuvo los del error reprimiendo á los espíritus inquietos, y conteniendo á todas las sectas con su prudencia y su firmeza. Se demolió lo que restaba de los templos consagrados á los ídolos, y fueron echados de Constantinopla todos los hereges, dispuestos siempre á la rebelion, y no ménos peligrosos al estado que á la Iglesia. Mas su zelo no le cegó sobre los abusos, y en las leyes que hizo en favor de la Iglesia, no se apartó de las reglas de una perfecta imparcialidad. Reprimió la avaricia de los monges que desenterraban los cuerpos de los mártires para vender sus reliquias: obligó á los obispos y á los clérigos á pagar las deudas de los que se refugiaban en las iglesias por substraerse de ser perseguidos, ó á entregarlos á sus acreedores; é hizo cesar la persecucion que algunos christianos habian excitado contra los Judíos.

No disimulemos las faltas de Teodosio; pues no oscurecen la gloria del hombre grande, quando las reconoce, ántes le dan mayor realce, quando las repara. Habia nacido Teodosio con un carácter impetuoso, violento, enemigo de la resistencia, que le hacia severo con rigor, siempre que creia ofendida su autoridad, ó ultrajada su persona. Entónces se entregaba al ardiente fuego de su cólera, y no habia castigos que fuesen demasiado duros para su venganza. En unos de estos primeros movimientos ordenó la matanza de los habitantes de Tesalónica, que habian quitado la vida al gobernador de Iliria en una sedicion. Los soldados á quienes se confió la execucion de estas crueles órdenes sacrificaron mas de siete mil hombres al resentimiento de Teodosio. Tuvo san Ambrosio valor á reprehenderle

derle de una accion tan bárbara con una fuerza y una libertad dignas de un hombre apostólico, exhortándole por escrito á la penitencia, y declarándole que no podia admitirle á la celebracion de los santos misterios ni recibir sus ofrendas, entre tanto que tuviese manchadas las manos con la sangre de su pueblo. En efecto habiendo persuadido al emperador sus cortesanos, que querian probar la fortaleza del santo obispo, se presentase en la Iglesia, Ambrosio le negó la entrada, y le sujetó á la penitencia pública. El príncipe ménos pasmado de este inesperado golpe, que penetrado de lo grande de su crimen, del qual conoció en este momento todo el horror, se confesó culpado en presencia del pueblo y de toda la corte, pasando ocho meses en los ejercicios de penitencia; al cabo de los quales fué absuelto por san Ambrosio y recibido á la participacion de sacramentos: exemplo de virtud muy superior á todo elogio en un soberano, y la mas propia de todas las acciones de Teodosio para caracterizar su grande alma.

El reynado de este soberano fué como el último esfuerzo que hacia la fortuna en favor de los romanos. Baxo sus sucesores, el imperio poco á poco conmovido, y luego decantado por algunos parages, no ofrecio mas que lánguidos restos de su antigua grandeza. Esta vasta máquina demasiado pesada para los débiles apoyos que la sostenian, recibia cada dia nuevos vayvenes, y sus pérdidas que no eran reparadas, preparaban su total ruina. Arcadio y Honorio, que conforme á las últimas disposiciones de su padre dividieron el imperio, no mostraron al mundo ningunas qualidades que anunciassen la sangre de Teodosio. Ambos á dos débiles, desapplicados, flojos, sin talentos y sin capacidad para los negocios, ni para la guerra, fueron sucesivamente el juguete, los esclavos, los verdugos de sus ministros, que llenaron de turbaciones el Oriente y el Occidente con su ambicion, sus rivalidades y sus venganzas. A Arcadio en Oriente le gobernaron, primero Rufino, hombre hábil, bravo é ilustrado, pero zeloso de disponer de todo baxo el nombre de su amo, cruel, avaro y pérfido; despues el eunuco Eutropio, que con ménos talento tuvo todavia mas vicios; y últimamente la emperatriz Eudoxia, muger altiva, imperiosa, codiciosa de riquezas y de honores, y que no tuvo dificultad en apoderarse del poder, y en hacer que su esposo cediese al orgullo de sus pasiones. En Occidente Honorio aun fué mé-

nos emperador que su hermano baxo la regencia de Estilicon, capitán bravo y prudente, político profundo y consumado, que de tutor de su amo, llegó á ser bien pronto rival de su poder y después su opresor. Baxo unos príncipes tan poco capaces de gobernar, fácilmente forzaron los bárbaros las barreras del imperio. Los wandalos, los suevos, los alanos y otros pueblos hasta entónces desconocidos, se derramaron por las Galias: los godos conducidos por Alarico penetraron hasta la Italia, y se apoderaron de Roma. De este modo los hijos de Teodosio entregaron, por decirlo así, su herencia á aquellas mismas naciones á las cuales el terror solo de su nombre tenia encerrados en los bosques. Uno y otro vivieron sin gloria, y murieron sin ser llorados: uno y otro hicieron poco por la Iglesia, que se mantuvo en su fuerza y esplendor por aquel principio de vida que recibió de su divino autor. Arcadio tuvo un demérito mas que su hermano en perseguir á san Juan Crisóstomo por complacer á la emperatriz Eudoxia, que se habia declarado enemiga implacable de aquel grande hombre. Este fué el estado del imperio y de la Iglesia hasta fines del siglo quarto.

ARTICULO X.

Personages ilustres en la Iglesia por sus trabajos, sus escritos y su santidad.

El quarto siglo tan interesante por los sucesos que la historia en él nos presenta, no lo es ménos por el número y carácter de los hombres ilustres que la providencia suscitó para gloria y defensa de la Iglesia. Faltaria alguna cosa al quadro que hasta aquí hemos trazado de este siglo memorable, si no añadiesemos una breve noticia de tales hombres célebres, de sus talentos y de sus escritos. Con justo título han sido la admiración de aquel siglo tan ilustrado, y tan fecundo en todos géneros; y si no obtuviesen la del nuestro, se pudiera concluir de ahí que ó somos demasiado frívolos para juzgarlos, ó demasiado ingratos para merecer gozar de sus trabajos.

San Atanasio es el que primero se presenta segun el órden de los tiempos. Quando se hace recuerdo de las desgracias y agitaciones de su vida, causa admiración que haya

tenido tiempo para escribir con tanto cuidado, profundidad y elegancia; y quando se considera la naturaleza y la diversidad de sus obras, la vasta erudición que manifiesta en ellas, la pasmosa variedad de conocimientos que expone á la vista, lo noble y puro de su estilo, el tono elevado, rápido y penetrante de su eloqüencia; nos sentimos inclinados á creer que jamas ha salido de su quarto, y que ha consumido todo el tiempo en meditar y pulir sus escritos: los quales siendo de diferentes géneros, se pueden dividir en tres clases: tratados filosóficos: obras históricas y cartas dirigidas á varias personas sobre los negocios de la Iglesia y los errores de su tiempo. Además habia hecho sábios comentarios sobre algunas partes de la sagrada Escritura, que no han llegado íntegros á nosotros, así como sus discursos sobre asuntos de moral christiana. Entre las obras teológicas se cuenta *el Discurso contra los paganos* en dos partes: ensayo de su pluma en que acredita un conocimiento tan grande de las ciencias y de los autores profanos, que apenas se cree que sea esta producción de un jóven de veinte y dos años, que era su edad entónces: *el tratado de la Encarnacion: el del Espíritu Santo: los dos libros contra Apolinario; y los quatro discursos contra los arrianos*. En todas ellas combate las heregias de su tiempo, el arrianismo, el macedonianismo, el apolinarismo, con los razonamientos mas fuertes, y mas bien seguidos, con las pruebas metódicas y mas concluyentes, con los símiles mas ingeniosos y mas propios para aclarar estas materias abstractas y profundas. Pero lo mas notable de estas obras, y lo que hace mas honor á la penetración del santo Doctor, es el refutar en ellas de antemano á los hereges que han venido después de él, como los nestorianos, los eutichianos y los monotelitas; pues como habia estudiado mucho la escritura y los antiguos padres, habia profundizado el dogma en todas sus relaciones. Los escritos históricos de san Atanasio comprehenden sus apologías contra las calumniosas imputaciones de los arrianos: su carta dirigida á los solitarios, en la que hace un diseño de la historia del arrianismo desde su origen hasta el tiempo en que escribia: y su tratado de los sínodos, en el qual sigue todas las variaciones del error, mostrando el vicio de aquel número de fórmulas, que la incertidumbre de principios y la inestabilidad de doctrina cada día hacian formar.